

EL VACÍO EXISTENCIAL Y LA BÚSQUEDA DE DIOS

“Sacando del arca lo nuevo y lo antiguo” (Mt 13,52)

Hna. Arantxa Jaca

Hoy es la fiesta de Sta. Teresa de Jesús, mujer recia, profunda, humana, realista, luchadora, inconformista, valiente...; en definitiva, apasionada de Dios y de la vida. Quiero recordarla hoy, como llamada, como invitación, como eco de nuestra verdadera y única vocación: ser hijas e hijos de Dios, de un Dios que ama apasionadamente a la humanidad, a la creación, y, que, por ello mismo, quiere que cada una de sus hijas e hijos vivamos en plenitud y abundancia (Cf. Jn 10,10); nuestra vocación al amor en el Amor. Y lo hago con voz de mujer, porque comparto, como inicio, un poema de Teresa de Cepeda y Ahumada. Y, lo hago, también, uniéndonos a los tres carmelos que hay en nuestra Diócesis: Hondarribi, Donosti y Zarautz; porque esas vidas, junto con mi estilo de vida, nos recuerdan la necesidad de ir a lo más profundo de nosotros mismos, donde se halla Aquel que es “más interior a mí que yo mismo y más elevado que lo sumo mío”, en palabras de Agustín; Aquel que es Origen, Fuente y Meta de toda Vida verdadera; Camino, Verdad y Vida para la humanidad.

*Yo toda me entregué y di,
y de tal suerte he trocado,
que mi Amado para mí
y yo soy para mi Amado.*

Cuando el **dulce cazador**
me tiró y dejó rendida,
en los brazos del amor
mi alma quedó caída,
y cobrando **nueva vida**
de tal manera he **trocado,**
*que mi Amado para mí
y yo soy para mi Amado.*

Tiróme con una flecha
enerbolada de amor,
y mi alma quedó hecha
una con su Creador;
ya yo **no quiero otro amor,**
pues a mi Dios me he entregado,
*que mi Amado para mí
y yo soy para mi Amado.* (Poema III)

Un alma en Dios escondida,
¿qué tiene que desear
sino amar y más amar
y en **amor toda encendida**
tornarte de nuevo a amar?... (parte del Poema IV)
*que mi Amado para mí
y yo soy para mi Amado.*

Creo, además, que en estos poemas queda recogido, también, lo que me gustaría compartir en este rato. Queda recogido poéticamente y, por lo tanto, mucho mejor de lo que voy a decir yo, pero como yo no soy Teresa de Jesús, ni estoy llamada a serlo, desde mis pobres palabras y vivencia intentaré aportar lo que he preparado.

1. INTRODUCCIÓN: CONTEXTUALIZAR EL TEMA

El esquema que os han repartido, no sé si es muy logrado, pero por ahí irán los tiros. No soy hábil en preparar estas cosas, no estoy acostumbrada y me cuesta reflejar en un esquema mi vida, sobre todo, cuando tengo que prepararlo antes de tener preparado el texto entero a compartir.

Por otra parte soy muy consciente de que Dios es siempre mayor que la experiencia que tenemos de Él. Agustín decía que si has creído llegar a entender lo que es Dios, eso/ese no es Dios. Y, la verdad, que eso es muy gozoso y liberador, porque Dios no se hace propiedad de nadie, y menos conceptualmente, y “la verdad no es tuya ni es mía para que pueda ser de los dos” (S. Agustín).

Estos días me he encontrado con una frase que decía: “Sólo cuando el discurso *sobre* Dios está enraizado en el discurso **con** Dios, sólo cuando *la presencia de Dios se encuentra* con nosotros en *lo más profundo* de nuestro ser, nos vemos liberados del deseo de domar y definir” a Dios (Elizabeth A. Johnson). Y el deseo de domar y definir a Dios, existe desde el principio: comer del árbol no recomendado; en definitiva, ser dioses.

Por eso, mismo, todo lo nuestro (palabras, explicaciones, experiencias, compartires...) será intento, ensayo, pasos, y sabiendo que el horizonte está permanentemente abierto y siempre nuevo de un viaje interminable; por eso mismo, abierto a equivocaciones y errores... Pero, ojalá, que todo ello podamos hacerlo con gozo, con libertad, con pasión y con compasión..., porque Dios lo quiere (o intuimos que lo quiere) así. Me voy a mover con ese convencimiento.

¿Por qué el tema, que, además, tiene un subtítulo? Hay que ser sinceras y decir que éste no era el tema inicial para vuestro encuentro, ni yo la que tenía que estar aquí. Otras circunstancias han hecho que se haya tenido que poner “un remiendo a este descosido”. Y, ¿con qué “hilo”, con qué tema coserlo? Tampoco había mucho tiempo para pensarlo y decidirlo, ni conozco vuestro recorrido e inquietudes; pero después de un pequeño intercambio surgió la posibilidad del título. Fue curioso, porque cuando Pirula me preguntó qué era lo más propio mío (como si yo estuviera especializada en algo), lo primero que me salía era reírme y lo segundo decirle que soy especialista en pobreza de ser, en fragilidad, en caerme e intentar levantarme..., pero no era cuestión de empezar con mis “filosofías”... No obstante, tengo que decir que, personalmente, es un tema que me cuestiona mucho, porque me preocupa la persona cada vez más, teniendo en cuenta el entorno, el hoy. Es fácil percibir en la historia que nos ha tocado o para la que hemos sido creados (sin olvidar que el hoy es también “Historia Sagrada” y que Dios ama hoy a cada uno apasionadamente) una desorientación en las personas, acumulación material pero ausencia de lo esencial, búsquedas de superficie pero miedo a la belleza de la búsqueda profunda, vivencia de emociones y sentimientos rápidos pero dificultad para una experiencia madura del amor... Y me cuestiona, porque esta forma de vivir crea, más de lo que pensamos, amargura, dolor, inseguridad no sana, conflictos amenazadores de muerte y no vida, insatisfacción... Y, quizás, en estos últimos meses lo he sentido más de cerca entre personas de mi entorno, y también me ha tocado leer varias cosas –sin habérmelo propuesto– que han ido llegando a mis manos.

Y os he tenido muy en cuenta porque, como catequistas, como transmisoras del mejor Tesoro que tiene la humanidad, tenéis una gran tarea, pero siendo muy conscientes el momento actual y las personas a las que os dedicáis de corazón: niños y niñas, y sus familias (familias, por otra parte, en más de una ocasión, de muy diferentes estilos e incluso desestructurados). Y no es lo mismo ser catequistas hace 40 años, que hace 20, que hace 10, y seguramente que, tampoco, hace 5 años. No podemos negar la realidad; el mejor medio es asumirlo como riqueza, como oportunidad.

Y mirando el entorno en el que tenemos que vivir y transmitir la fe, o, mejor dicho, ser testigos de Dios, del Dios de Jesús, me parecía que podía ser un tema válido. Aunque no tengamos más tiempo que para unas pincelas, porque el tema es muy muy amplio y, por otra parte, como he dicho un poco más arriba, es un camino inacabado y con horizontes plenamente abiertos.

Y el para qué. En primer lugar, seguramente, para ayudarnos y animarnos en lo/a lo mejor, en esa mejor parte que nadie ni nada nos lo va a quitar (Marta y María), que es Dios mismo, que es

ser amados incondicionalmente y plenamente por Dios, pase lo que pase. Y, para qué, también, porque los creyentes, los que intentamos serlo, creo que tenemos que aportar un “más” en el hoy y aquí. Y el más de, desde Dios es más vida, es un “más” como fruto de un amor apasionado. En el hoy y aquí que se está conjugando en la manera que está resultado, ni mejor ni peor que en otros momentos, sino en éste. Cualquier tema que podamos abordar, y mucho más si somos cristianos o creyentes, no es, sin más, para saber o situarnos o criticarlo, sino para sentirlo como llamada a un “algo más”, y a un algo “más” de vida, además, no de condena, desprecio, minusvaloración..., sino como ocasión de ser creadores o ser co-creadores con el gran Creador. La gran misión desde Gn. 1. Y, con esto, uno el subtítulo, que es una cita del evangelio de Mateo, dentro del versículo entero, y en un contexto de parábolas: “Todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de una casa/a un padre de familia que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo”. Es decir, el que opta por ser discípulo de Jesús tiene que saber leer el presente, la historia del hoy (lo nuevo), teniendo siempre presente lo esencial, lo fundamental, lo que nunca pasa (lo viejo, lo añejo). Y me parece que esa búsqueda de la razón existencial (mi por qué y ser finitos pero siempre queriendo más) es permanente: se dio en el ayer, se da en el hoy, y se dará en el futuro. Somos eterna pregunta y sin respuestas que nos sacian. ¿Cómo lo conjugamos?

Veréis, también, en el esquema que abundan citas bíblicas. A medida que te adentras en la Biblia, aunque sea de puntillas, te das cuenta que en ella nada de lo humano le es ajeno; que lo más humano está recogido en ella como posibilidad de lo más divino. Que en la Biblia están recogidas todas, absolutamente todas las preguntas existenciales, de la persona, y, que por eso mismo, es pincelada de respuestas. Digo pinceladas, porque no son concreciones, sino la orientación básica, profunda. Y, personalmente, los primeros capítulos del Génesis me resultan cada vez de mayor grandeza, belleza, amplitud, luminosidad, exigencia responsable, libertad respetuosa... En esos primeros capítulos están recogidas las preguntas esenciales, fundamentales..., esas que tanto nos angustian pero que resultan las troncales, y que, sin embargo, tendemos a taparlas o taponarlas porque nos asustan y descolocan. El pueblo de Israel supo recogerlas, incluso poéticamente, por eso mismo, la belleza y el misterio de nuestra existencia, pues las definiciones no la pueden abarcar, y nosotros tenemos la suerte de poder decir cuando las proclamamos “Palabra de Dios”. En el A.T.: es ese Dios de la historia que en cada momento hay que ir descubriendo en nuestra historia, en nuestro recorrido (= Tenemos un recorrido); 2. En el N.T.: ese Dios de nuestro recorrido, de nuestra historia, tiene un rostro concreto, Jesús de Nazaret (= Y, por lo tanto, nuestro recorrido tiene una manera, un estilo concreto, con nombre y apellido).

Quizás, también, quiero subrayar la importancia de adentrarnos en la Palabra, conocerla, saborearla, hacerla carne de mi carne, ser prolongación de ella, descubrir que me habita... y, desde ahí, compartirla.

Esquematisando, un poco, podría decir que lo que me gustaría aportar, como creyente, es una pequeña reflexión, desde y en el hoy, en torno a tres bloques: 1. La persona, ser humano, de una forma muy concreta; 2. La persona en el hoy: en lo concreto; 3. La persona, en su razón de ser, creada para algo.

2. EL ÁRBOL DE LA VIDA. IMAGEN BÍBLICA

Lo tengo puesto en tres apartados, pero a la hora de comentarlos los voy a unir. He subrayado tres apartados para visibilizar esquemáticamente mejor la importancia de esta imagen, lo que supone cada uno de ellos, y concretar las citas.

Una imagen que hace clara referencia a la persona, en su ser esencial, en su caminar, en su aspiración...; y, también, esa referencia del origen, del presente y del futuro.

↳ La imagen central es la de un **ÁRBOL**:

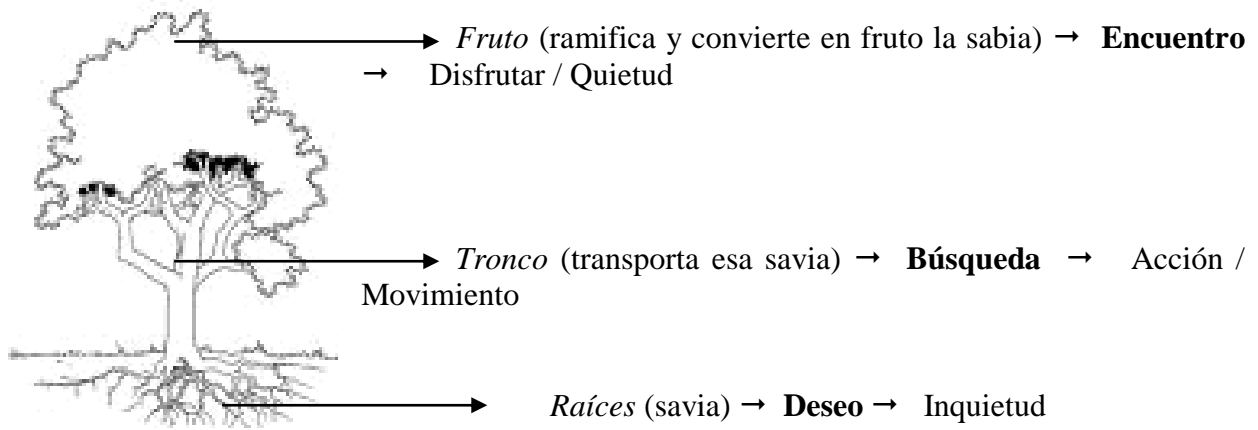


Imagen esta del árbol que es muy importante en la Biblia, llamada, además, el “árbol de la vida” y que aparece en tres momentos estratégicos, aportándonos, cada uno, algo muy concreto:

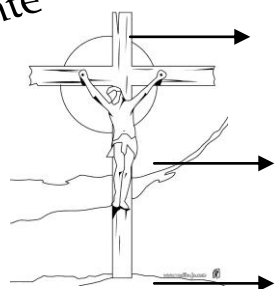
- Gn 2, 9: “...Yahvéh Dios hizo brotar del suelo **toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer**, y en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal...”; pero que para que realmente sea vida necesita ser respetado en unos límites: “...Y Dios impuso al hombre este mandamiento: ‘De cualquier árbol del jardín puedes comer, **mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás**, porque el día que comieres de él, morirás sin medio” (Gn 2, 17) → Hace **referencia al inicio**, al origen... = Hay límites. Nuestro **origen**: dividido.



- Quando Jesús es crucificado, a esa cruz se le considera como el “árbol de la vida”. Árbol, porque es un madero (material de árboles) clavado en el suelo, y que permanece en pie, hacia arriba (como el árbol). No hecha raíces, pero requiere estar muy bien asentado en el hueco de la tierra, para que pueda sostener con equilibrio, en primer lugar, su propio peso y para sostener, también, a quien vaya a ser crucificado en ella. Y, de vida, porque sabemos por la fe, que el ser, la vida, la muerte de Jesús fue resucitada, fue traspasada de la finitud a la plenitud, verdadera vida a la que aspiramos.

Los tres relatos de los sinópticos nos ayudan a captar esto. Pero, quizás, Lucas nos puede ofrecer una pista más clara ya en el mismo momento de la Cruz, que su Cruz, crucifixión es ya “árbol de vida”, en ese madero plantado en el Gólgota, en dos momentos. El primero de ellos, cuando dice: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen...” (Lc 23, 34) = Acaba dando vida, porque el perdón, el amor supera al odio, a la venganza, a la muerte. El segundo cuando dice: “Padre, en tus manos pongo mi espíritu...” (Lc 23, 46a) = es una entrega total, confiada, orada que intuye que eso dará un nuevo fruto (después sabremos que es la Resurrección) → **Hace referencia al recorrido de la vida en un estilo concreto** (por amor): el estilo de Jesús; y de una manera concreta: Resucitada. No hay límites, sino que el límite está impuesto por fuera (= lo mataron). Un “árbol de la vida” que molesta. Hace referencia, por tanto, a nuestro **presente**: respuesta.

vida presente

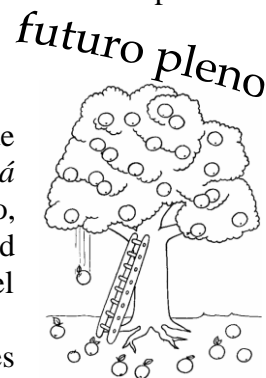


Fruto = *Encuentro*: “En tus manos...”: resurrección

Tronco / por donde va la savia = *Búsqueda*: El reino de Dios: muerte

Raíz / Savia = *Deseo*: “Que ellos sean uno, como tu y yo somos uno”

3. En el Apocalipsis, cuando por 3 (tres) veces se hace referencia al “árbol de la vida”: 1. “...al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el Paraíso de Dios” (2,7); “...hay árboles de Vida que dan fruto doce veces, una vez cada mes... (no puede ser más de plenitud: 12 veces durante 12 meses = siempre) Y no habrá maldición alguna...” (22, 2-3a); “...Dichosos los que laven sus vestiduras, así podrán disponer del árbol de la Vida y entrarán por las puertas en la Ciudad” (22, 14) → **Hace referencia al final**, a la plenitud, en la que ya no hay límites, porque todo es nuevo y de forma nueva (= le daré a comer... Y no habrá maldición alguna... entrarán por las puertas de la Ciudad). Por lo tanto, hace referencia, a nuestro **futuro**: término/objetivo/comienzo = ser eternidad y plenitud. Por lo tanto la raíz o deseo, el tronco o la búsqueda y el fruto o el encuentro, están totalmente unificados. Es uno = perfección. Esta imagen ya está adelantada en Ez 47, 12 (1-12, leer). Pero el adelanto es el del profeta, con lo cual hace ya referencia a esa mirada y ese final “bueno”, que siempre quiere alimentar el profeta, como cantor de esperanza, aunque desde el puro realismo.



Al mismo tiempo, si con estos tres árboles dibujamos un solo árbol nos saldría que el árbol del Génesis es nuestra raíz (por esa referencia a nuestro origen); que el árbol de la Cruz corresponde a nuestra búsqueda en el presente (por esa referencia a la vida concreta a la que se nos llama); y que la del Apocalipsis, pertenece al futuro, al encuentro, al fruto porque es plenitud en gozo y quietud, pues ya no es tiempo de búsquedas sino de vivir y ser en el encuentro con Dios.

Como creyente, mi árbol del Génesis (mi ser) tiene que ser vivido con el estilo del árbol de los Evangelios (estilo concreto de mi hoy) en esa aspiración al árbol del Apocalipsis (futuro de plenitud, al que ya tiendo). Y el árbol del Apocalipsis me tiene que motivar ser coherente con mi estilo de hoy evangélico, teniendo muy presente y en cuenta mi árbol del Génesis (mi ser).

Por supuesto, lo planteo ya en clave creyente, porque no me puedo alargar, y porque los que estamos aquí estamos moviéndonos en esa clave, pero antropológicamente –humanamente, sin más, aunque no es poco-, es prácticamente igual, si el ser humano quiere responder a su vida con una mínima coherencia y satisfacción: el génesis lo compartimos (sólo que los creyentes afirmamos, creemos y experimentamos que la vida nos viene de Dios); el estilo de vida que concretiza ese génesis lo busca cada uno (en nuestro caso el Evangelio); y la aspiración de lo eterno, de para siempre, de que dure, de que esto no tenga fin, es de todos (los creyentes lo llamamos eternidad, vida de plenitud, vida en Dios...).

Y, creo, que en nuestro ser, en nuestro quehacer diario no tendríamos que olvidar estos tres aspectos, estos tres niveles, y tendríamos que ser capaces de distinguirlos, de responderlos separadamente pero coordinándolos. Toda persona (desde su nacimiento) es un nuevo “Árbol de la Vida”. ¿Sabemos reconocernos, percibirnos?

3. VACÍO EXISTENCIAL, O, ¿SED DE MÁS?

3.1. En nuestro génesis. Seres creados

En el punto anterior hemos comentado que somos seres creados con una forma “determinada”, de una manera humana. Y esa forma conlleva en sí “carencias”, conlleva finitud, límite... Y esto no tenemos que olvidarlo ni asustarnos. No podemos luchar contra ello sino caminar con ellos. Asumir que nuestras raíces-deseo (lo fundamental; recordamos que el deseo es el motor que nos pone en marcha) están heridas, desde su concepción, libera mucho mucho, y a una llenan de esperanza y posibilidad. Pero no solo me libera, sino que me dispone a ayudar mejor a los demás (y la misión del creyente, siempre es el otro; la prueba del algodón es el otro, al verificación: estar yo bien para ayudar al otro a estar mejor). Decía San Agustín que en el mandato de Jesús,

“Amarás a Dios y amarás al prójimo como a ti mismo”, como mandato, primero es amar a Dios, pero en cumplimiento es amar al prójimo.

El tema es qué hacemos con esas carencias, ese vacío; cómo lo gestionamos: ¿como creyentes en el Dios de Jesús? –y tiene sus consecuencias-; ¿como no creyentes? –y tiene sus consecuencias-. Me parece que lo más humano nos asusta, no sabemos cómo gestionarlo, cuando Jesús al acercarse a la persona apela a lo más humano (¿qué quieres que te haga?; quedas curado; darles de comer...). Creo que es uno de los grandes aportes que podemos hacer hoy, en el que el aparentar lo no real y maquillar lo real es tan “consustancial”: ayudar a descubrir y asumir nuestra finitud como posibilidad de más; y, desde nuestra condición, como posibilidad de más de Dios, hacerlos “lugar” de Dios. Los creyentes no estamos exentos de “vacíos”, oscuridades, complicaciones, y el mero hecho de ser creyentes no nos libera, amortigua..., sino que le da un sentido, una orientación. Y tendría que ser una de nuestras grandes aportaciones: situarnos y responder al “vacío existencial”, a esa parte “vacía” o de deseo de más, desde el Dios de Amor y de Vida.

Al final, las carencias nos muestran que no somos completos, que siempre hay “huecos” en nuestra vida, que siempre habrá un vacío o siempre habrá un “más” que anhelamos, y que lo enmarcamos en el “espíritu”, lo “trascendental”.... Es la condición de existir humanamente, de haber sido creados y no de ser por nosotros mismos; pero de haber sido creados para un infinito. Y *la persona siempre está buscando el objeto adecuado a su deseo de infinito y no lo encuentra en el ámbito de la experiencia cotidiana, porque aquí solamente se encuentra finitos* (L. Boff). Tenemos que estar a esa escucha de lo finito y de lo infinito. Por lo tanto, lo bueno es asumirlo.

Dios no sabe de eso, pero Jesús sí que fue de carne y hueso, y luego lo veremos.

Ahí he puesto unas cuantas citas bíblicas (unas cuantas) pero que nos ayudan a descubrir el origen de nuestro “vacío existencial”, desde la misma Palabra; pero antes recogeré algunas cosas que he leído estos últimos días, y que me parecen interesantes porque, de alguna manera, “aparcen” el “sello” creyente, que puede darle un barniz de más al asunto, y nos sitúa en el plano más humano, más antropológico, pero desde el hoy mismo, sin “bucear” demasiado en texto, o en referencias de siempre. Y leyendo, aquí y allí, distintas cosas al respecto, me pregunto si no está siendo un momento, este que dicen que es tan convulso (quizás todo haya estado demasiado dormido o interesaba que estuviera así...) y en el que parece que nada sustancial importa y todo es efímero, pero precisamente porque eso no nos ha llenado, en el que comienza a brotar –ser conscientes- de la importancia de algo más hondo; o, mejor dicho, de dejar paso a lo más humano de lo humano, a lo más profundo de lo humano, a esa necesidad, donde habita el Maestro, y ser algo más de la persona. Palabras como “holístico”, “ecología”..., apuntan en ese sentido. Y eso mismo nos tendría que ayudar a pensar, también en esa dinámica del título “Vacío existencial, o, ¿sed de más?”.

- “La espiritualidad es un rasgo común a todo ser humano” (Francesc Torralba)
- “El bienestar social pasa también por la espiritualidad”; “abrirse a la espiritualidad despliega un abanico de sentido, de estabilidad y de creatividad”; “la espiritualidad puede ser el punto de encuentro de cualquier persona que esté en búsqueda por encima de credos, filosofías y religiones” (Carolina Vencelli)
- “Subyace en el hombre una religiosidad que implica la ‘presencia ignorada’ de Dios (Viktor Frankl)
- “La vida tiene un vacío que forma parte de la condición humana. Creemos que si algo falta en nuestras vidas hay que rellenarlo de inmediato con otra situación y creo que eso no funciona a largo plazo” (Una directora de cine, en el último Festival de Cine de Donosti 11)
- La persona tiene una ventana abierta que nos hace ir más allá, a otras posibilidades = espíritu, trascendencia... La persona es un ser bio (cuerpo) – psico (mente/razón) – social (afectivo/relacional/corazón) – espiritual (trascendencia/un más)
- La necesidad de cuidar el diálogo interno (Rafael Santandreu, psicólogo)

Ahora, retomo las citas del esquema (que podría haber otras más, pero son sólo unas cuantas por aquello que se dice “para muestra, un botón”), para remarcar ese aspecto de ese nuestro “vacío”

o “deseo de más”, desde nuestro ser, pero iluminados por la Palabra... Cada cita podría servirnos de reflexión y oración.

- “A imagen y semejanza de Dios” (Gn 1,26). No somos iguales a Dios, por mucho que pretendamos aspirar a ser dioses. “Sólo” somos imagen y semejanza. Si no somos iguales, si lo nuestro es “imagen”/“semejanza”, quiere decir que tenemos parecido, y de alguna manera, somos reflejo de Él, pero no somos Él, tal cual. Por lo tanto, todo lo que no es Dios es finito. Aunque “sólo” ser imagen y semejanza conlleva mucha responsabilidad.
- Hechura de sus manos (Gn 2,7). Por lo tanto, somos hechos, creados. Y lo somos de forma artesanal (hecho por sus manos). Un artesano dedica muchas horas, paciencia, cariño... a lo que está haciendo. Y eso que está creando/haciendo es como una prolongación de sí mismo. Pero somos hechos, creados...; no existimos por nosotros mismos, mientras que Dios existe por sí mismo. Por lo tanto, por ser creados y por no existir por nosotros mismos, tenemos una finitud, somos “caducos”.
- “*Rellenando el vacío con carne*” (Gn 2,21). En el segundo relato de la creación, al contar cómo se creó a la mujer, muestra que en el hombre quedó un vacío, que tuvo que ser rellenado con carne. Se pueden señalar muchos aspectos en esta única frase, pero, algún apunte, sin más. Crear siempre supone un vacío, un darse, a una respuesta de más, y en nuestro caso como damos, creamos desde el ser finito de ser humanos, nuestro “vacío”, aunque sea en compañía de Dios, por el mero hecho de ser humanos, siempre será rellenado de “carne”.
- Lucha interior (Rom 7,15ss). Pablo nos muestra claramente la lucha que supone nuestro ser como personas humanas: una lucha interna por ser en finitud. “Hago el mal que no quiero y dejo de hacer el bien que quiero”. Mi ser siempre será entre luces y sombras.
- “*Llevamos este tesoro en vasijas de barro*” (2Cor 4,7). La grandeza de este mensaje: somos tesoro, y no vasija. El tesoro está en nosotros, por lo tanto, somos parte del tesoro, pero nuestro marco siempre será “barro”, fragilidad.
- Los gritos de Jesús:
 - “*Aparta de mí este cáliz*” (Mt 26,39; Mc 14,36; Lc 22,41)
 - “*Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado*” (Mt 27,46; Mc 15,35)
 - “*Y dando un fuerte grito, dijo...*” (Lc 23,46)
 - “*Tengo sed*” (Jn 19,28)

Nos muestran que el mismo Jesús, aún siendo Hijo de Dios, igual al Padre, sencillamente por ser humano, por tener la condición de ser creado, experimentó la finitud, oscuridad, el vacío..., que le hacía sentirse abandonado, agobiado, sufriendo, solo, vacío, gritando... Y es consolador, liberador, saber que Jesús vivió así sus momentos oscuros, difíciles (los evangelistas no han tenido ningún prejuicio para contarlo, por algo será), porque, precisamente, nos aporta el “más” de esos momentos para los creyentes. Esos momentos tan duros, tan difíciles, tan oscuros... para Jesús, fueron ocasión de apertura a más Vida. No dejó ahogarse en ellos, y por ellos, sino supo convertirlos en torrente de Vida. Y es como decirnos: “Si yo pude, y fue posible, vosotros también lo podéis; porque si el Padre me escuchó, no os puede no escuchar a vosotros que también son tan hijos e hijas queridas para Él como lo he sido yo. El vacío, el dolor, la oscuridad... no tiene la última palabra porque yo lo he experimentado y soy muestra de ello. ‘Sólo’ hace falta que os abráis a esa confianza”. El grito humano de Jesús, fue espacio de más de Dios. Y, por eso mismo, cada una de esas citas que hemos indicado tienen su segunda parte de confianza, de “abandono” en Dios; pero, eso sí, después de haber gritado y llorado la desesperación, y no de ocultarlo. La grandeza y la sencillez de Jesús que no se asusta de mostrarse en lo más humano, para mostrarnos el camino de la posibilidad de lo más divino.

Y, cada vez estoy más convencida que si todo este aspecto, que resulta totalmente esencial y fundamental, lo tuviéramos bien integrado, asumido, nos lo creyéramos “otro gallo nos cantaría” personalmente, comunitariamente, eclesialmente...

Desde mi experiencia del compartir con la gente que llega a nuestra casa, con conocidos, lo que he podido compartir con padres en la ikastola, en catequesis... me reafirma en todo esto. Y esta

experiencia, vivencia, sensación..., además, está relacionado o se “despierta” más con experiencias de límite, oscuridad, sufrimiento, soledad, finitud, dolor...

3.2. La “globalización” del “vacío”. Nuestro entorno

¿Por qué lo pongo así, entre comillas? Por varias razones

a) “Globalización”:

- Por una parte, por lo que venimos diciendo, esa “ausencia” de algo es “patrimonio” de la humanidad, algo compartido por todos. Y, de ahí, que utilizando una palabra que se encuentra en el candelero, podamos decir “globalización”; es una realidad personal pero global, de todos. El hecho de ser creyentes no nos “libera” de esta situación; o, mejor dicho, sin más, no nos libera de la realidad o no nos ofrece seguridad; necesitamos adentrarnos en algo y Alguien más.

- Por otra parte, porque socialmente nos movemos o estamos situados en unos parámetros nuevos hasta hace pocos años, por una serie de circunstancias, y ese entorno me afecta, tiene sus consecuencias personalmente y en conjunto. La humanidad no se ha parado a escuchar su “vacío”, se ha querido responder llenando de cosas pero, finalmente, se ha visto que no responde, no resuelve lo total de la persona.

b) “vacío”:

- Por una parte, hemos dicho que al ser humano le es propio un “vacío existencial”, por el mero hecho de haber sido creado de manera humana. Por lo tanto, siempre habrá una carencia de algo o un deseo de más. ¿Lo escucho o no? ¿Busco respuestas o no?

- Por otra parte, al no estar siendo capaces de respondernos y situarnos en nosotros mismos (por miedo, generalmente), y adentrarnos en una vida frenética, pautada externamente, en el que la imagen “exterior” tiene peso..., es como si existiera la “suma” de “vacíos” personales, que incluso llegan a configurar un estilo de vida.

¿Cómo llenamos o respondemos nuestros vacíos, nuestro deseo de “más” que es patrimonio de la humanidad, porque es de todos y de cada uno?

Por eso mismo, pienso que es muy importante acoger, escuchar, mirar, percibir... nuestro entorno personal (nuestro ser) y el entorno social con amor, respeto, dolor –pero no en negativo sino en positivo- para no perdernos en luchas innecesarias o condenas inexistentes por parte de Dios; y sabernos situar con sosiego y acogiendo el hoy, también, como llamada a ese “más”.

c) Nuestro entorno

No resulta difícil, por poco que miremos a nuestro entorno, darnos cuenta de que, en todos los ámbitos, el momento ha cambiado, es diferente. A poco que leamos, es distintos espacios, el diagnóstico es, prácticamente el mismo, aunque pueda haber diferencia de palabras, o términos sinónimos. Y es importante, sumamente importante, *hacerse cargo de la realidad, para cargar con ella y encargarse de ella* (Ellacuría), porque, de otra manera caemos en el riesgo de estar descentrados de la realidad y soñando lo pasado –como la mujer de Lot, siempre mirando para atrás, sin darnos cuenta que eso nos convierte en estatuas de sal-; y porque, sobre todo, sobre esas aguas “turbulentas” y “movedizas” sigue caminando Jesús, sigue saliendo Dios en busca del hombre y de la mujer con pasión y con compasión. Este momento, el hoy, tiene que ser una llamada a “más”, a saber captar y leer en ella a Dios, porque Dios sigue estando presente –algo que nos cuesta, no estamos acostumbrados porque no se nos ha enseñado a percibir, a leer...-. Más que nunca resulta importante, para los creyentes, para los cristianos muy especialmente, mirar con amor nuestra cultura, para descubrir con la misma mirada de Dios a Dios en el fondo de ella; y, dialogar con la noche, con los vientos y las olas.

Voy a recoger algunas opiniones, que he leído en esta última temporada:

- Nos encontramos viviendo en un “mundo líquido”, en el que todo fácilmente se diluye (Benjamín González, sj)
- Es muy importante tener presente a qué realidad nos enfrentamos hoy. La cultura hegemónica dominante en la sociedad occidental tiene una matriz triple: la del liberalismo, que insiste en la

autonomía del sujeto y la individualización; la matriz que nace de la crítica a la modernidad y que representa el nihilismo sistemático o cínico; y, en tercer lugar, la mercantilización, las normas del mercado que han penetrado en las relaciones entre la persona y en el mundo cultural... Pero, al mismo tiempo, muchos comparten la idea de que no se puede avanzar con una sociedad en estos niveles de individualismo tan sectario, que no podemos dejar que las reglas del mercado estructuren las relaciones sociales, ni podemos dejar que una anomia moral se impongan... (J.M. Carbonell, presidente de la Fundación J.Maragall).

- Ahora falta la educación en valores. Incluso hay una mala educación en valores. Uno de ellos es la “necesititis”, la creencia de que necesitamos cosas materiales e inmateriales. Y si no los tengo soy un desgraciado de la peor especie, un gusano... Hay que aceptar la realidad como es pero cambiar las creencias con argumentos. Se trata de cambiar tu visión del mundo... (Rafael Santandreu, psicólogo, autor del libro “El arte de no amargarse la vida”).
- Vivimos en la “cultura del relámpago”, en la que no se requiere profundidad: otra ausencia, como lo es el silencio o la reflexión. En la cultura, en la política o en la religión, nada tiene a durar, sino a comprimirse y desaparecer... La sensación de ausencia caracteriza significativamente esta época. Ausencia antes y durante la gran crisis. Ausencia en el horizonte imaginable tras ella. Desde un mundo que acaba a otro que apenas se atisba, cunde una atmósfera vacía o vaciándose de proyecto y valor... Pérdida de referentes, de ideas y de remedios... Estamos en una especie de tránsito por el desierto; han cambiado todas las ideas que teníamos recibidas de la era industrial, de un mundo gobernado por la cantidad, de un mundo efímero y de un consumo desbocado... Una ausencia general, con la que vive el mundo actual: una ausencia de referencias, de patrones y de líderes... Ausencia de puntos fijos..., ausencia de humanismo, de moral... Ausencia de verdadera alternativa... La sociedad se encuentra desarticulada, y nos ha dejado huérfanos... Encontramos a un hombre desconcertado... Pero merced a la ausencia hallamos la razón de vivir, mientras el presente solo nos habría matado ya. Por la ausencia exhalamos, respiramos, esperamos... (Vicente Verdú, periodista y pensador; libro “La ausencia”, sobre la pérdida de referentes, ideas y remedios).
- La crisis afecta a la misma razón de ser del humanismo. El “proyecto humanidad”, desde el que la tradición occidental se ha pensado a sí misma, parece haber fracasado definitivamente. Sólo queda para sobrevivir a la catástrofe el oxígeno de lo emocional y el alimento de la satisfacción inmediata y la gratificación instantánea (J.Vitoria, “No hay territorio comanche para Dios”).
- Una sociedad cerrada sobre sí misma, sin trascendencia, sin misterio, crea un estrechamiento de la existencia humana y contribuye al desencanto que respiramos, como si a lo único que se pudiera respirar fuera a un bienestar bien protegido del contacto con los excluidos. Este proceso ha colaborado al nacimiento de personas perdidas, sin saber hacia dónde mirar para situarse en medio del misterio de la vida y dónde apoyarse para trascender las propias miserias y darle un sentido definitivo a sus amores más puros (Benjamín González, sj, “Caminar sobre las aguas”).
- Vivimos un sistema imperante, centrada en el deseo de tener, descuidando los valores civilizatorios de la gentileza, del buen trato y del respeto a la persona. Por el contrario, los medios de comunicación de masa exaltan el deseo individual y la violencia para resolver los conflictos humanos (L.Boff)
- Nos encontramos en la cultura de la imagen (Muy significativos los anuncios)
- Y si nos detenemos un poco, en conversaciones que podemos llegar a tener en nuestro entorno...
- Pero también son momentos de grandes avances (y, también, en positivo) y una época que no busca textos, sino testigos.

Y esta mirada, este acoger la realidad, no tiene que ser como lamento, sino, vuelvo a decir como oportunidad, porque el hoy también es tiempo de Dios, del Dios de Jesús, apasionado por la vida, por la humanidad, por la creación. Y, vuelvo a decir, más que nunca resulta importante, para los creyentes, para los cristianos muy especialmente, mirar con amor nuestra cultura, para descubrir con la misma mirada de Dios a Dios en el fondo de ella; y, dialogar con la noche, con los vientos y las olas.

Y todo ello teniendo presente que el ser humano siempre anda “detrás” de algo, de alguien, como queriendo más, porque, sencillamente, somos hechos para la plenitud. Como creyentes, tendríamos que entender este aspecto más hondamente tanto para respondernos a nosotros mismos, como para ayudar a los demás en el hoy y en el aquí, a nuestros hermanos que pueden estar buscando “apagar” su “sed” en “cisternas totalmente agrietadas”. Todo humano –crea o no crea-, en su forma de vivir, es respuesta a la respuesta de esa “sed”. ¿Qué hacemos? ¿Cómo escuchamos? ¿Cómo respondemos? ¿Qué aportamos?

4. BÚSQUEDA DE DIOS: ¿BUSCAMOS O SOMOS BUSCADOS?

¿Qué busco en la vida? ¿A qué quiero (deseo) responder? Por lo tanto, la búsqueda es básicamente un trabajo interior, pues es respuesta a una pregunta que nace en el ser mismo de la persona. Ello supone un proceso de abrir horizontes para captar las claves de la vida, para observarla, reflexionar, e ir respondiendo y encontrando respuestas.

No buscar es renunciar a crecer. No buscar es anquilosarse; es, casi, morir en vida. La persona que no es capaz de buscar y dialogar consigo misma, en primer lugar, pero también con los demás, se siente dispersa y rota, la superficialidad y la rutina se apoderarán de su vida y terminará experimentando la amargura del vacío interior.

Es cierto que un entorno trepidante e hiperactivo como el que vivimos, en el que lo externo, lo superficial, los modelos públicos y famosos se imponen, no es fácil llevar a cabo la búsqueda y el diálogo interior, porque, además, necesitamos encontrar espacios de silencio y reflexión. No es fácil llevar adelante la búsqueda; pero resulta totalmente necesario para **ser**, para ser persona, para ser uno mismo, porque la persona está hecha para más, nosotros diríamos para la plenitud, para volar muy muy alto, y ello supone búsquedas, cuestiones... Y la formulación sincera de preguntas demuestra una voluntad de aprender, un deseo de servir y una humildad que pueden constituir una importante vía para nuestro crecimiento. Por lo tanto, podemos decir que la búsqueda es una actitud ante la vida. Se trata de encontrar respuesta a las cuestiones/deseos básicos, con el fin de vivir la vida con un sentido más pleno y profundo. Es una actitud de penetrar en el fondo de la vida diaria, no en el aislamiento (no es aislarse, sino un leer la vida), para captar su esencia y su razón de ser. Por eso mismo, resulta ser un proceso continuo, dinámico, que no cesa durante la vida mortal. Por ello, la búsqueda tiene mucho de aventura y que una vez emprendido no tiene final, como la vida misma.

El mismo papa Benedicto nos recuerda, en su Mensaje para la XLIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, que: "La vida no es una simple sucesión de hechos y experiencias; es más bien la búsqueda de la verdad, del bien, de la belleza. A dichos fines se encaminan nuestras decisiones y el ejercicio de nuestra libertad, y en ellos -la verdad, el bien y la belleza- encontramos felicidad y alegría."

El que busca es porque desea, necesita algo más, por algo que todavía no posee, es porque no ha encontrado todavía, pues aquello que se posee o se conoce no se busca. Pero, por otra parte, si uno no conoce lo que está buscando (no pre-gusta algo), no será capaz de reconocerlo cuando llegue a dar con ello. Si uno no conoce genuinamente dónde está el objeto buscado, uno no sabrá dónde mirar para encontrarlo... ¿Entonces? Ahí tenemos que dar “nuestro” salto... ¿Sabemos o reconocemos lo que es buscar porque nosotros hemos sido buscados anteriormente? Por lo tanto, nuestra búsqueda tiene que tener un toque “especial”, de “más”. Y de ello, también la Palabra, en los primeros capítulos del Génesis, nos dice algo.

¿Qué buscamos, cómo buscamos responder a ese “vacío” o ese deseo de más por ser llamada a plenitud? Ese deseo, que siempre será herido, necesita canalizarse, realizarse, responder... En Génesis 3 se nos dice que Adán y Eva buscaron la respuesta “comiendo la fruta apetecible del árbol que no se debía –poder, se podía y así lo hicieron-“, y en ese momento los dos se sintieron perdidos y necesitaron esconderse. Y, ahí, en ese preciso momento, se produce la experiencia de saber lo que es ser buscados...: “...Oyeron luego el ruido de los pasos de Yahvéh

Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista de Yahvéh Dios por entre los árboles del jardín. Yahvéh Dios llamó al hombre y le dijo: ‘¿Dónde estás?’” (Gn 3, 8). El ser humano se esconde, pero Dios sale en su búsqueda, y la persona se siente, se sabe buscada... En la finitud del ser humano, en la mediocridad del deseo, en ese mismo instante o a pesar o con ello, Dios sale a la búsqueda de la persona (una nueva clave)... Dios busca, Dios no se esconde; Dios no se escandaliza, es un eterno y pleno buscador de la vida (tenemos que sentirlo, vivirlo), pase lo que pase, porque es Vida desde el Amor, y quiere seguir siendo y creando Vida (Dios siempre está ahí, es cierto, no sólo en lo mejor, pero nosotros tendemos a escondernos, cuando en ese momento Dios sale a buscarnos, muy especialmente). Pero, otra cosa, Dios busca preguntando no imponiéndose: *¿Dónde estás?* Por lo tanto, Dios no se impone, no invade, necesita nuestra respuesta, respeta nuestra libertad; verdaderamente quiere que sintamos, que descubramos el deseo de más... Ciertamente los seres humanos somos creados a imagen de Dios, pero a nosotros nos corresponde “hacernos”, buscando asemejarnos a la imagen que llevamos en nuestras entrañas.

Es curioso, es precioso, es tremendamente liberador, una vez más, saber que Dios me busca en mi más genuina finitud, en mi ser finita; que precisamente, por eso me busca, porque quiere que “*tenga vida y vida en abundancia*” (Jn 10,10) respondiendo con vida, positivamente a esos escollos de finitud, porque estoy llamada a la plenitud. Dios no me busca en la perfección, cuando todo me va bien..., Dios es buscador por esencia, por naturaleza y por eso su pregunta amorosa: *¿Dónde estás? ¿Por qué te escondes? ¿Por qué no andas a la “luz del día”? ¿Qué te impide caminar con libertad y sosiego?* Dios no busca mi perfección, me busca a mí, con mis límites, en mis límites; por lo tanto, busca mi vida, busca curar y sanar mis heridas..., pero quiere que sea consciente de ello: *¿Dónde estás?* Es como decir: Dime dónde te encuentras porque salgo a tu encuentro; quiero, necesito buscarte, porque eres mi imagen, y yo soy buscador de vida, pero tú me tienes que decir dónde estás.

Aquí está, para mí, la esencia del “más” para nosotros, creyentes: sabernos y sentirnos (experiencia) buscadas por la Plenitud, por la Eternidad, porque quien ES. Y, por eso mismo, por “ser a imagen de...”, los creyentes tendríamos que ser, también, buscadores natos, porque no nos podemos conformarnos con aquello que pueda ser menos que Vida en plenitud; que Dios, en definitiva. En palabras de Rahner: “A los cristianos les está prohibido contentarse con algo que sea menor que la infinita plenitud de Dios; les está prohibido instalarse en lo finito de un modo definitivo y feliz, contentándose con esa estrechez, pensando, con una modestia mentirosa, que Dios no puede tomar en serio a esta criatura finita que somos nosotros...”. Por eso mismo, tenemos que ser eternos y plenos buscadores.

Además, hay otro aspecto en esa búsqueda de Dios, y es que el buscar a Dios está muy cerca del buscarse a sí mismo (en el buen sentido), donde el sujeto y el objeto se funden (yo-Dios). En realidad, lo mejor es no concebir a Dios y al sí mismo como distintos (Ser uno = raíz del Árbol de la Vida de Jesús). Por eso, esta búsqueda origina una búsqueda interna, que procede simultáneamente con la capacidad de trascenderse a sí mismo. Por lo tanto, este buscar a Dios supone el método de interioridad, como ya apuntábamos en el inicio de este punto general, aunque no cierra la posibilidad de hacerlo en las obras de la creación. Está bien ese aspecto pero se corre el peligro de quedarse en lo exterior. Sí sirve como suplemento de más, pero no como raíz, hondura que sostiene. Debemos y tenemos que sentir la necesidad de ser eternos buscadores porque, sencillamente, estamos hechos a imagen del Buscador Eterno o Eterno Buscador, como es Dios. Una búsqueda que es activa, es creativa, que requiere respuesta para que sea efectiva..., que incluye a otros. Y es creativa porque no siempre lo hace de la misma manera: unas veces nos busca llamándonos por el nombre, otras veces nos busca cuando estamos escondidos por algo, en otras ocasiones nos busca cuando menos lo esperamos y en lo que nos puede parecer lo de siempre, otras veces nos busca en nuestros límites, nos busca en el tiempo del sueño (con lo que ello puede significar), la edad y la condición no es ningún impedimento, unas veces será de forma más cercana y otras más lejana...

La persona, el ser viviente es alguien que va siendo y va haciéndose siempre en “relación a”; se va conociendo, se va construyendo con los demás. La persona, desde su génesis (=nacimiento), es

un ser social; está hecha para la relación no para el aislamiento, está hecha para el encuentro; que es en consonancia y en continuación del Dios que busca: busca encontrarse con el hombre y la mujer para restaurarle. Por lo tanto, es un encuentro de vida en la finitud, en la muerte, en la oscuridad, en el ocultamiento...; pero, sobre todo, es un encuentro, en el que, nuevamente, queda claro que Dios está cerca de la persona, que Dios quiere estar siempre con la persona, aun cuando ésta le rechace, que Dios siempre sale al encuentro, que Dios es el que toma la iniciativa pero que requiere, también, nuestra respuesta para ir a “más” (en todos, de una u otra manera, se da una respuesta a lo que Dios dice, pregunta...); y el silencio como respuesta no lleva a que el encuentro se produzca, sino que sigue quedando en búsqueda por parte de Dios, por lo menos. Si aceptamos esa “cita”, ese encuentro, en verdad, en hondura, deja su marca, su sello, sus características. Pero recordamos que hay encuentro cuando hay respuesta del otro.

No estaría mal apuntar o señalar, que en ese caminar de más, de búsqueda, son importantes algunos requisitos:

- Sinceridad consigo mismo. No es posible avanzar por el camino de la búsqueda, si nos engañamos a nosotros mismos.
- Libertad personal para poder elegir y optar en cada momento, para aceptar o discrepar.
- Sentido común para distinguir lo correcto de lo incorrecto, la verdad de la mentira.
- Valentía para afrontar en ocasiones situaciones difíciles y defender ante los demás nuestros pensamientos.
- Confianza en nosotros mismos para afrontar las críticas y superar los obstáculos que podamos encontrar en el camino.
- Esfuerzo disciplinado, constancia y perseverancia.
- Humildad. Respeto a los demás. Estar abierto a otros puntos de vista y creencias diferentes de los nuestros.

Teniendo en cuenta lo que hemos dicho en este punto, cabría hacerse dos tipos de preguntas:

a) Cuáles son mis búsquedas. De dónde proceden. Sé escucharlas. Cómo las acojo y respondo.

b) Cómo ser puente, tender una mano al hombre, a la mujer de hoy que busca pero muchas veces no sabe en dónde ni para qué, para ayudarle a que descubra que ya está siendo buscado por Alguien que quiere lo mejor para su vida, y por amor puro, pleno y gratuito, y que lo importante es pararse para escuchar, atisbar...

5. EL CAMINO ÚNICO DE RESPUESTA DESDE LA ESCUCHA ATENTA: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6)

Quisiera subrayar el mismo significado del título de este quinto punto, que consta de dos partes: un enunciado y las palabras de Jesús; siempre en esa referencia a Jesús, a Dios, al Dios de Jesús.

Me pongo o sigo en el plano de creyente, como cristiana, en el hoy y en el aquí, y desde mi pobre y pequeña experiencia.

Me he atrevido a poner la palabra “camino” por el mismo hecho que he dicho al principio: porque nos estamos “moviendo” en el campo, ámbito, mundo... de Dios; y Dios siempre es más de lo que podemos decir, encontrar, pensar, buscar... aquí; y, por lo tanto, no es algo cerrado, sino dinámico. Y el camino requiere recorrer, requiere movimiento... Es cierto que Dios es ayer, hoy y siempre, alfa y omega, pero no nos ha dado ninguna fórmula de qué es eso y cómo es eso. E incluso, cuando, desde siempre, hemos querido encerrarlo en fórmulas, en “dogmas”, como el pueblo de Israel, por boca de Moisés, cuando le dijo, “Y, si el pueblo me pregunta quién eres, ¿cómo les respondo?”, aparece como respuesta la pedagogía de Dios, en la respuesta: “Diles que soy el que soy; que me irán descubriendo en cada paso, en cada acontecer de sus vidas y de la historia; que no tengo restricciones, ni nombres cerrados...”. Por lo tanto, la importancia de sabernos caminantes, peregrinos, en el camino...; en un camino que el mismo Dios nos acompaña siempre “de espaldas”. Un Dios que no se deja “atrapar” en concreciones y siempre de espalda, pero

que nos ha mostrado su “rostro” y su “concreción” en Jesús de Nazareth; que es el Señor, el Cristo, el Maestro, el Hijo de Dios.

Digo “*único*”, desde mi experiencia de creyente, de cristiana. Desde mi recorrido, desde mi caminar, voy sintiendo y viviendo cada vez más, que Él es la centralidad; que la plenitud que busco, anhelo, con mis heridas, finitudes, caídas, me la ofrece el estilo de vivir, de ser, de actuar, de mirar, de estar, de escuchar, de acoger... de Jesús. Que Jesús es la forma de ser humano de otra manera; que la manera de ser humano desde, en Dios es Jesús, y nada ni nadie más. Con todo lo que eso conlleva de centralidad, de unificación, de libertad, de coherencia, compromiso, de ir desprendiéndose de lo que no es Él...

Digo “*respuesta*”. Por lo tanto, se requiere una colaboración, una implicación, pues hay una pregunta previa que Alguien la hace. Dios se ha implicado en una respuesta concreta, aunque sin fórmulas concretas, en Jesús, como respuesta a una pregunta de Amor suyo; y Jesús es su única respuesta que va haciéndose vida y realidad en el caminar de la historia. Por lo tanto, para mí la respuesta tiene que ser Jesús, desde Jesús, y ello me lleva a una implicación personal, a una colaboración personal, a una respuesta por mi parte. Y, aquí, entraríamos en otro tema, pero no podemos, aunque es muy interesante e importante: nadie puede responder por mí; nadie tiene derecho a responder por mí; sí ayudarme para que yo pueda entrever la respuesta, pero nadie me sustituye; nadie es más que yo para que pueda tomarse el derecho de responder por mí. Y, aquí entrarían otros dos aspectos: la libertad y el derecho a equivocarme; pero sabiendo que, pase lo que pase, Dios me sigue queriendo inmensamente, sigue confiando en mí plenamente, desea lo mejor para mí y sigue apostando por mí. ¡Ahí es nada, con todo lo que ello supone!

Pero claro, la importancia, de responder no desde respuestas prefabricadas, o desde lo aprendido, o desde “yo ya me lo sé”, o “siempre se ha hecho así”..., sino desde una actitud de “escucha atenta” –teniendo claro, además, la diferencia entre oír y escuchar-. Y escuchar atentamente supone dejarle que nos hablen, supone abrirnos, supone silencio/paso..., a Dios, a la realidad en cuyo fondo está Dios. Pero no es un Dios cualquiera que dice lo que a nosotros nos conviene, o un Dios al que podemos hacerle decir lo queremos. No. Por suerte, tenemos la Palabra. Y un creyente ante todo es un oyente de la Palabra, porque “*la fe nace de la escucha*” (Rom 10,17). No es casualidad, además, que ya en el Antiguo Testamento el mandamiento por excelencia no es alguno que aparece en las tablas de Moisés, sino otro mucho más comprometedor pero más lleno de vida y gozoso: “*Shemá Israel. Escucha, Israel*” (Dt 6,4). Mandato que queda confirmado y renovado plenamente en el Nuevo Testamento (no podía ser de otra manera) por la voz del Padre sobre el Hijo transfigurado: “*¡Escuchadlo!*” (Mc 9,7); porque tenemos que decir que nuestro Dios, es el Dios de Jesús, y eso tiene sus consecuencias concretas. No nos quedamos en el Dios de Abrahám, de Isaac, de Jacob..., sino que es de Jesús. Y no es lo mismo; aunque no sé yo si hemos descubierto del todo esa gran diferente o, mejor dicho, ese gran paso.

Así que, podemos decir que la escucha es la primera actitud y la primera acción para entrar en comunión con Dios, para entrar en el “mundo” de Dios. Dios habla, y si la persona acoge su Palabra –si escucha y obedece-, entonces se hace creyente, pues será alguien que responda a Dios poniendo en práctica su Palabra. En el mismo A.T., también, la escucha se pone, incluso, por encima de cualquier acción cultural, y eso ya es decir mucho en un AT: “*Yo no prescribí nada a vuestros antepasados sobre holocaustos y sacrificios cuando los saqué de Egipto. Lo único que les mandé fue esto: ‘Escuchad mi voz’*” (Jr 7,22-3); “*Escuchar su palabra es mejor que los sacrificios*” (1 Sm 15,22). Escuchar a Dios significa conocerlo, ir descubriéndolo poco a poco. No hay otro camino para llegar a conocer a Dios fuera del de la escucha. De lo contrario nos arriesgamos a conocerlo en falso, según nuestros deseos y nuestras proyecciones, o simplemente “de oídas” (Job 42,5), ¡nuestro gran, real y actual peligro...! Por lo tanto, la primacía de la escucha del Dios que llama, elige, habla, envía... Pero hay que confesar que no es fácil; quizás es más fácil “ofrecer” sacrificios, cultos, cumplir... No obstante, del conocimiento de Dios, y sólo de él, es de donde puede nacer y crecer el amor a Él. Volvemos a subrayar la dinámica del ¡Shemá Israel!: “*Escucha, Israel: el Señor es nuestro Dios (fe); el Señor es uno solo (conocimiento); Amarás al Señor tu Dios*” (amor: todo el movimiento desemboca en el amor, la única confirmación real de la

autenticidad de este camino). Y precisamente, el amor será lo que nos tenga que caracterizar. No un amor cualquiera, sino el que ha pasado por el tamiz del Resucitado, y puede ser vivido (aunque poco a poco, pero, en el deseo, por lo menos) en las coordenadas que Pablo nos indica en 1 Cor 13: *El amor es paciente, perdona sin límite, disculpa sin límite, busca el bien de la otra persona...* El amor no es definición sino vida, práctica.

Y esta actitud de escucha, si es sincera, nos pone, a la fuerza, en búsqueda, nos pone en camino, nos pone en respuesta como a muchos personajes de la Biblia, como a muchos que conocemos (estén o no cerca de nosotros), como a María, a los magos y pastores, como... (cada podría añadir más y más la lista...), para que en nosotros, en la humanidad, en el universo, en la creación, se dé un encuentro nuevo desde el increíble encuentro por el que ha optado Dios mismo: desde la Creación, encontrarse e ir siendo con la humanidad, incluso participando de nuestro ser finito a través de Jesús. Y ello nos lo corrobora en Jesús: la segunda parte del título: “Yo soy el Camino...”. En mayúsculas, porque es único; nadie más puede ser Camino, Verdad y Vida en mayúsculas. No voy a entrar en el aspecto de ser y actuar de Jesús, porque ya hemos podido acceder a este tema bastante y tenemos posibilidades de hacerlo, a través de diversos libros, etc.

Ahora bien, ya he apuntado que es camino que se va recorriendo, pero sin absolutos. Y el no ser absoluto quiere decir que está sometido a cambios. Dios nos acompaña ayer, hoy y mañana, pero no de la misma “manera” (por decirlo de alguna manera); sí en su esencia de ser Dios, pero no en la concreción de la historia, porque la historia es cambiante, y el hoy es muy distinto al ayer, el hoy tiene otros desafíos que no tenía el ayer, como hemos apuntado al acercarnos, aunque sea de puntillas, a nuestro entorno de hoy. El “rostro” concreto de Dios, sigue siendo Jesús; su mensaje, su radicalidad, su esencia, su fondo (=Amor y Vida, traducidos en deseo de construir el Reino de Dios y su justicia = las bienaventuranzas)... es el mismo Jesús, pero la concreción se tiene que actualizar en el hoy, en la historia. No sirven fórmulas del ayer para el hoy. Y, quizás, nos falta descubrir o distinguir esa diferencia: esencial o fundamental y accesorio; nos falta haber captado lo troncal del ser de Dios, del mensaje de Jesús..., y haberlo hecho vida, haberlo descubierto vida (experiencia) en mí.

Y aquí, hoy, en la Iglesia, nos falta una reflexión seria, honda, sincera, serena, autocrítica, realista, creativa, sin respuestas claras..., sin miedo y acogiendo la realidad como oportunidad, al estilo del grito del profeta Isaías: “...*Mirad que realizo algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notáis?*” (Is 43,19). *Mirad...* La importancia de mirar y ver, la importancia de saber escuchar, y acoger; en definitiva, la importancia de estar bien despiertos; y, por tanto, la importancia del silencio (también en la Iglesia). Y, creo, que de esto nos falta mucho mucho. Creo que cuando miramos es para ver a enemigos –y entonces nos ponemos a la defensiva-, en lugar de ver posibles amigos y compañeros de camino –que nos llevaría a un colaborar en común para construir-.

Creo que tendríamos que pararnos a reflexionar con seriedad cómo comunicar el Evangelio, que “Jesús es Camino, Verdad y Vida”, en estos tiempos nuevos. Tenemos que aceptar y asumir que existen dificultades para transmitir la fe; y que esa transmisión es un proceso de una extraordinaria complejidad. Se puede dar a conocer la propia tradición religiosa, se pueden enseñar un conjunto de rituales, incluso textos y modos de conducta, pero la fe no se puede transmitir... La fe no se puede transmitir, porque la fe es un don, es un regalo. Lo que sí podemos hacer es crear las condiciones más idóneas para que tenga lugar el encuentro entre Dios y el hombre, para que el maestro interior, como dice san Agustín, sea auscultado. El maestro exterior puede preparar ese encuentro, pero no sustituirlo. Como dice Benedicto XVI en *Deus caritas est* (2006), la fe nace de una relación interpersonal, de un encuentro. Los padres pueden velar para que ese encuentro tenga lugar, pero no pueden garantizarlo (Cf. Francesc Torralba). Dicho de otra manera, aunque los padres sean creyentes no está garantizado que los hijos también lo sean, ¿por qué? Desde esta perspectiva se dice que la fe no se puede transmitir.

Además, tenemos que tener presente que el catolicismo ya no forma parte de las referencias comunes de nuestros conciudadanos; que la Iglesia ha pasado de un marco de seguridades que funcionaba (en ámbitos distintos, porque imponía) a márgenes de incertidumbre. La fe del s XXI ya no se apoya ni en una convicción unánime, evidente y pública, ni en un sentimiento religioso

generalizado, previos a la experiencia y a la decisión personal, y por lo tanto, hay que estar, actuar de forma diferente. De hecho el mismo Benedicto XVI, dice que hay que hacerlo como una minoría creativa de sentido, que va al fondo de las cosas y que habla de los temas nucleares, esenciales del ser humano.

Y creo que, en todo esto, las personas que andáis en catequesis lo comprobáis desde los inicios, porque cada día que pasa crece el número de niños/as que acuden a la catequesis sin haber sido mínimamente iniciados en el despertar religioso: ni han orado jamás con sus padres, ni les han visto a ellos rezar, ni siquiera les han oído nunca pronunciar la palabra Dios, ni hablar de Jesús. Vemos que, incluso, la mayoría de los que algo han percibido, que si no fuera por la influencia de la generación de las abuelas –sobre todo, en femenino- muchos de nuestros peques ni siquiera caerían en la cuenta de que Dios falta a la cita en sus vidas. Y, hoy, hay que confesar, que la generación de esas abuelas está pasando, además. En la primera comunión sigue habiendo mucho, demasiado, de acto social.

Así pues, la transmisión de la fe se enfrenta con la necesidad de dar un giro histórico y dar cuerpo a un modelo iniciático, que acentúe más la mistagogía de la experiencia que los aprendizajes conceptuales, en la línea de los Padres de la Iglesia, para quienes “la experiencia debe preceder a la explicación”. La deconstrucción de la arquitectura tradicional de la transmisión de la fe y la construcción positiva de otra diferente son tareas aún pendientes en la acción pastoral, que reclaman prudencia (no como parálisis), imaginación creadora para el ensayo, destrezas pedagógicas para explicar el sentido de los cambios y coraje para asumir el error y rectificar a tiempo –tan intrínseco, por otra parte, a la condición humana-; pero teniendo en cuenta que consiste propagar el Evangelio que se ha oído, visto y tocado con las manos (cf 1Jn 1,1) o sino nos quedamos en argumentos (J.Vitoria), porque el fuego (el fuego de amor, en nuestro caso) se propaga por contagio, no se trasmite a distancia.

Así pues, la Iglesia, como primera medida, necesita (necesitamos) asumir humildemente que no sabe (sabemos) poner en práctica la unión entre evangelio y cultura –el hoy-. La reacción, ante ello, puede ser la defensiva, como hemos dicho antes, y como vemos que se está haciendo en muchos momentos, por miedo a que lo “ajeno”, lo “extraño”, lo “desconocido” se adhiere, y se abandone la disciplina, el orden, el control, lo “seguro”, se dé pérdida de poder e influencia (en muchos ámbitos; pero perdido ya, sea dicho de paso), y porque nos coloca en posición de inseguridad sana... Y, sin embargo, el amor de Cristo, que es Camino, Verdad y Vida, nos urge a acompañar a nuestro pueblo, aunque no acertemos siempre; nos urge a intentarlo entre penumbras, porque seguimos creyendo y experimentando, sobre todo, lo que el Papa en su despedida en Alemania ha dicho: “Donde está Dios, hay futuro y esperanza”. Un Dios que en Jesús nos ha mostrado cuál es el Camino, cuál es la Verdad, cuál es la Vida, que Él quiere para cada uno de sus hijos e hijas.

Pero, para ello, quizás nos urge, también, pararnos, silenciarnos, y poder escuchar el ruido de los pasos de Dios que, desde hace tiempo inmemorial, se pasea a todas horas por el jardín (Cf. Gn 3,8), y hacer la experiencia de María, pasar todo por el corazón, por el Amor, aunque no entendamos muchas cosas, para ser, como María, hombres y mujeres del Magnificat; ser, como María, cantores y cantoras del Magnificat mientras recorremos calles, pueblos, plazas... hoy y aquí.

Donostia, 15 de octubre de 2011

-
- “*Caminar sobre las aguas. Nueva cultura, mística y ascética*”, Benjamín González Buelta, sj. Editorial Sal Terrae y Ediciones Mensajero, 2010.
 - “No hay ‘territorio comanche’ para Dios. Accesos a la experiencia cristiana de Dios”, F. Javier Vitoria. Ediciones Hoac, 2009.